



Espejo roto

por Álvaro Bisama

Desde hace años Pedro Lemebel viene luchando –en sus libros– con la idea de encasillarse en un solo modelo de escritura. Con la bendición –o el estigma– de ser el cronista más leído de su generación, Lemebel intenta de texto a texto ir incorporando zonas que no había tocado, ordenando sus temas de modo de presentar contradicciones y rupturas, innovaciones. Como una estrella de pop que busca crecer después de haberse convertido en un clásico –gracias a sus primeros tres volúmenes de crónicas– su obsesión fundamental parece intentar borrar o complejizar su propio universo de referencias. Eso pasó con *Tengo miedo torero*, su única incursión en la ficción pura y dura, una novela irregular sobre guerrilleros y locas que secretaba un heroísmo hecho a la medida de la –a estas alturas nostálgica– década del '80. Y volvió a suceder con *Zanjón de la aguada*, una colección de textos donde se escapaba del mundo homosexual –como tema solamente, su escritura seguía siendo la de siempre: afilada, pop, kistch, emotiva, cursi– para retratar a un Santiago que no quería recordar su propia memoria.

Ocurre de nuevo con *Adiós mariquita linda*, donde el autor da un golpe de timón que lo deja a la deriva, expuesto como nunca antes había estado. No es un giro accidental ni gratuito. La obra de Lemebel había sido desde la mitad de los '90, casi una historia con aspiraciones de representación colectiva de lo homosexual: el memorial de los muertos de Sida, los travestis heroicos de mala suerte, los perfiles de ídolos olvidados, amén de retratos de mártires y polaroid barriales de un Santiago enfermo de Alzheimer. Con ellos, Lemebel hablaba de los otros. Componía la cara B de la historia por medio de una antropología aprendida sobre la marcha, en un lenguaje tan cursi como conmovedor. Pero, repito: su objeto eran los otros.

Ahora no. El presente libro tiene un solo protagonista: él mismo, personaje central de un puñado de 33 textos que juntos funcionan casi como una novela de no ficción, pedazos sueltos del diario de ruta de alguien que se lanza al vacío y cuenta desde ahí, desde el aire y en plena caída libre, lo que le sucede.

Porque a Lemebel, como voz, como personaje, le pasa de todo: conoce chicos que le rompen el corazón (raperos, obreros, militantes de la Jota), escribe cartas de amor, viaja al Norte, a Cuba, a Argentina. Es amado y abusado mientras se emborracha y llora. Se pierde y se encuentra a sí mismo en textos breves (crónicas casi siempre publicadas en *The Clinic*) y largos (Chalaco amor una nouvelle sobre un viaje a Perú, un trío sexual no resuelto y resuelto y la memoria como único consuelo). Lemebel dibuja, fotografía, anota. Se convierte en un personaje tierno, como cuando ordena su ropa para un viaje a Antofagasta que se cancela para evitar que se tope con Ricardo Lagos. Se convierte en un héroe feroz, en el momento en que el whisky y la rabia le hacen provocar un desmadre en San Felipe. Se sincera en cartas de amor, compone máscaras, recuerda amigos muertos, canciones olvidadas, hablas ancestrales.

En *Adiós mariquita linda* está todo, el pop basura, la calle, la mirada insidiosa, la iluminación solitaria. Y está el lenguaje. Pedro Lemebel destruye el lenguaje literario chileno para retorcerlo, llenarlo de florituras y dotarlo de excesos. Un habla triste. Un habla en llamas. Un habla “loca”. Un habla necesaria. “Por eso escribo de mi pueblo con este desenfado, porque conozco y bebo gota a gota la emoción pelleja de su sexo roto”, anota en algún momento. Como si fuera el último hombre de pie sobre la tierra –o sobre Chile– Lemebel se aferra en su último libro a la misma estética que inventó hace casi quince años para mirarse, por primera vez y detenidamente a sí mismo. La imagen que se devuelve no es agradable pero sí honesta. Anota Lemebel: “de recordar la pobla y el resumen a sobaco y ropa con olor a detergente, de saber que ya no vivo en ese paisaje del Santiago sur, donde aún los bloques de tres pisos siguen siendo la estantería habitacional de los pobres (...) Qué digo, si la llamada convivencia allí es una jaula de llantos, peleas y gritos que atraviesan las frágiles murallas, los tabiques de cartón de mi viejo barrio que nunca me quiso, nunca me soportó y menos pudo imaginar que el maricón del tercer piso le daría una estrella de gloria a la descolorida pobla”.

Adiós mariquita linda

Pedro Lemebel

Sudamericana, 218 páginas

Dónde: Librerías

Valor referencia: \$7.850